

CAPÍTULO 1

LA CABEZA, ACTUALMENTE

Madrid, mes de abril, una tarde cualquiera de una época triste, en lo social y económico, debido a la mala gestión de los distintos gobiernos que, en los últimos años habían conducido a la democracia a algo que no motivaba a la gente.

El inspector Remigio Degás, de la brigada de crímenes violentos, se encontraba en el vehículo de servicio, aparcado en la zona del anatómico forense de la Universidad Complutense, que a esas horas de la tarde era un lugar muy tranquilo y que permitía intimidad a las parejas.

Remigio era un hombre grande. Tenía una altura de aproximadamente metro ochenta y cinco y su estructura era atlética. No estaba gordo sino más bien fuerte. Era un hombre realmente atractivo y en el destacaban sus ojos de color miel intenso.

Vanesa era su favorita dentro de las prostitutas con las que generalmente saciaba sus deseos de sexo. A cambio de estos servicios le permitía la venta de drogas en su pisito, lo que le daba un margen para considerarse una privilegiada dentro del gremio. También debía mantenerse atenta, porque en su mundo se obtenía mucha información útil, de cara a mantener los privilegios que el inspector le dejaba. El inspector no era tierno, eso lo reservaba para su mujer y su amante.

Vanesa se esmeraba con la boca, para conseguir que el inspector reaccionase y pudiese disfrutar de un nuevo orgasmo siendo capaz de introducirse profundamente los buenos 25 cm. de los que estaba dotado el inspector, tamaño conocido entre la mayoría de las prostitutas con las que había tenido contacto en el curso de sus investigaciones.

El inspector empezó a sentir de nuevo como su verga se llenó de sangre, disfrutando de la humedad cálida de la boca de Vanesa. El estado de excitación crecía al mismo ritmo que su pene.

La giró en los asientos dejando frente a sus ojos su sexo completamente rasurado y se puso a jugar con su lengua en círculos por el clítoris y los labios carnosos e introduciendo sus dedos consiguió rápidamente humedecer a Vanesa. Se puso otro preservativo y la colocó para penetrarla, para lo cual ella encorvó el cuerpo para que el glande entrase hasta dentro y empezaron a moverse al ritmo mientras las manos de él magreaban con fuerza su generoso pecho. Los músculos del interior de la vagina se acoplaban perfectamente a su pene elevando el placer a límites que pocas mujeres conseguían.

En ese momento sonó el móvil del inspector que, con gesto de fastidio y sin dejar de moverse rítmicamente, contestó al teléfono.

—Inspector, ¿dónde te encuentras?—. Al otro lado de la línea, el comisario Gutiérrez, antiguo compañero suyo, sonaba preocupado.

La voz de Remigio sonó rara al otro lado del teléfono. —Hola, comisario—. El ritmo de su respiración le delataba.

—Déjalo —contestó el comisario—, no me lo expliques, tenemos trabajo, ven lo antes posible a la calle Serrano 27. Cuando llegues aquí te cuento.

Colgó sin esperar respuesta ya que, si no lo sabía a ciencia cierta, si sospechaba lo que estaba haciendo el inspector, en ese preciso momento. Habían estado demasiado tiempo como compañeros. El suficiente, para saberlo todo el uno del otro.

El inspector decidió no dejar la faena a medias ya que le excitaba sobre manera el sexo anal con ella y le pidió que se colocase en posición. Aunque a Vanesa, el sexo anal con el inspector no le gustaba demasiado por que el grosor del pene era importante y le causaba un poco de dolor, sabía que era una forma de conseguir que se corriese rápido. Sacó el botecito de lubricante y puso una buena cantidad en la mano del inspector. Este lubricó su pene e hizo lo mismo con el ano de ella, jugando con sus dedos en él, hasta que estuvo suficientemente lubricado, presionando después con su miembro para introducirlo.

Al principio Vanesa gimió un poco por el dolor, pero en seguida pasó y las embestidas comenzaron a ser cada vez más y más fuertes. Vanesa notó cómo el pene del inspector se hinchaba un poco más en su interior y cómo se retiraba para, acto seguido, sentir su semen húmedo y cálido en su rabadilla, y el peso del inspector en su espalda centrado en el tremendo orgasmo que acababa de tener.

* * *

Tardaron en llegar debido a las obras que el Alcalde había acometido y que tenían esa calle y los alrededores patas arriba, haciendo que el tráfico fuese caótico. La calle Serrano parecía un festival de luces y color: dotaciones de la municipal, coches de la nacional, ambulancias del Suma, vehículos del Selur y todos con sus luces de emergencia encendidas. El inspector había pasado a recoger a su actual compañera, la inspectora Sara Salisachs, no sin antes haber rociado su vehículo con ambientador, como siempre, motivo por el cual le habían puesto el mote de «Polvo ambiente». Sara era su compañera perfecta, pues le gustaba tanto el sexo y la buena vida como a él. Llevaban un año trabajando juntos y habían conseguido establecer tal complicidad que permitía que el equipo funcionase en todos los sentidos.

Tras bajarse del vehículo y mostrar la placa entraron al edificio. El olor a muerte fue inmediato. El ambiente de edificio señorial había dejado paso a uno que se parecía más al de un panteón. Por la escalera subían y bajaban policías con el rostro demacrado, la expresión de sus ojos mostraba el horror de lo que acababan de ver, pese a ser hombres y mujeres curtidos en la desgracia. Subieron hasta el rellano de la cuarta planta donde destacaba la presencia del comisario Gutiérrez. Algo gordo debía estar pasando para que el comisario saliese de su despacho, o eso, o es que el crimen podía salir en la tele, cosa que no dejaba pasar el comisario para promocionarse.

Nada más verles se dirigió a ellos, les hizo una seña indicando el interior de una de las cuatro puertas que había en el rellano. El ins-

pector percibió algo raro en su antiguo compañero, le notó nervioso y eso no era habitual en él.

El inmueble era el típico edificio señorial de una las zonas más caras de Madrid. Los propietarios eran de la alta burguesía de la ciudad, aunque algunos de los pisos estaban habitados por varias familias de inmigrantes o estudiantes de fuera de Madrid a los que sus padres mantenían.

Al entrar en el piso, que era muy lujoso y estaba decorado como si de una casa de citas se tratase, el olor a muerte y putrefacción ya se hizo insoportable. El largo pasillo dejaba a un lado y a otro varias habitaciones, cada una decorada con distintos motivos. Estaba muy bien acondicionado y todo parecía muy nuevo, desde los muebles hasta los acabados del piso. Cada cuarto estaba dispuesto como una suite, con un minibar y distintos tipos de baño en cada uno.

El comisario les indicó la última puerta. De ella salió corriendo un policía muy jovencito, el cual, antes de poder llegar a un baño vomitó todo lo que llevaba dentro.

El espectáculo dentro de la suite principal era dantesco, el olor imposible de soportar. El centro de la escena se encontraba en la cama redonda bajo un techo de cristal. El comisario no quiso volver a entrar y se quedó en el umbral de la puerta por lo que Remigio se volvió y detectó algo que le incomodó en la actitud de su jefe. No dijo nada.

Encima de la cama, apoyada en la almohada, se encontraba la cabeza de una mujer y donde debía estar el cuello solo había casquería. Se habían llevado el resto del cuerpo dejando las vísceras colocadas tal y como si el cuerpo las recubriese pero no existía rastro de este. A los pies de la cama, en una alfombra, encontraron una nota en la que estaba escrito en sangre.

Todo el placer que entregaste, con tu cuerpo lo pagaste.

Todo el mobiliario de la sala tenía rastros de sangre. En cada cuadro y cada espejo de la habitación había escrita una letra con sangre,

que empezando a leer por el espejo situado en el techo configuraban la palabra:

VICTORIA

Sara sentía que le fallaban las piernas ante tanto ensañamiento y dedicación a la hora de cometer el crimen. La primera impresión que sacó, fue que la frase indicaba que el o los asesinos conocían a la víctima.

Remigio le sugirió que además, la palabra Victoria indicaba que el asesino sentía que la había vencido como si hubiese un reto entre ellos, aunque esta teoría se descartó pronto. Como la policía científica llevaba ya un rato trabajando, habían localizado el bolso de la propietaria de la cabeza. Se llamaba Victoria Landrú, de 45 años, casada, sin hijos y ama de casa. Lo que confirmó el hecho de que aquel que cometió el crimen conocía a la víctima.

En la cartera había dos fotos, una con un hombre en actitud amorosa y otra de ella sola en la torre Eiffel. Al inspector le llamó la atención esta última foto debido a que estaba tomada desde abajo y si se desviaba la mirada de la parte principal, que era su rostro podías observar que bajo el vestido no llevaba nada y mostraba su rajita con un pequeño matojo de vello. Era una verdadera belleza.